

Las Últimas Noticias

DIARIO-MAGAZINE DE SANTIAGO PARA TODO CHILE

SANTIAGO DE CHILE, martes 13 de octubre de 1942

DE NUESTROS REDACTORES.—

Yo tengo un amigo sin trabajo

○ S DAIS cuenta cabal los que trabajáis, de la situación de un hombre que no tiene trabajo? Yo tengo un amigo en esas condiciones. No es un hombre perezoso o indolente: además, es preparado, sabe muchas cosas, en algunas es técnico; ha viajado, se ha ganado la vida fuera de Chile. Llegó aquí lleno de esperanzas. Creía poder aplicar en nuestras actividades su mucha experiencia. No ha podido hacer nada. Su búsqueda es dramática, ya no tiene pretensiones de ninguna clase, desea incorporarse a cualesquiera actividades. Me dijo:

—Uno se puede dar vuelta, nunca falta un amigo que le proporcione buena charla o algún alimento. El trago es seguro en cualquier instante. Pero llego a la casa y miro la cara de mi esposa que se ha hecho angustiada, trágica y que en todos sus matices tiene una acusación. Cree que me he puesto haragán, que no busco. Tiene razón ella ve que todos los hombres trabajan, que todos llevan algo a la casa, ve la alegría de los niños que salen a recibir a sus padres cuando vuelven a la casa llevando siempre una golosina o por lo menos una caricia alegre. Yo no puedo llevar nada. Mi hijo también se ha puesto sombrío, dramático. Ya no se acerca a mí, ya no me besa, no me da sus braquitos. Es terrible. Yo tengo sensibilidad y esos detalles me hacen daño.

Luego "fantasea", esa podría ser la palabra.

—He visto —me dice— cómo están organizadas varias oficinas, varias industrias que yo domino. No dan rendimiento, hay desorden; los empleados y los jefes parecen no amar su trabajo. Esperan todos impacientes que el reloj dé la hora de salida, no tienen iniciativas, viven maquinalmente, seguros de sus puestos. Sólo le temen a las vueltas de la política. Yo he visto en otros países a los funcionarios consulares, por ejemplo. En el ramo de turismo hay mucho que hacer en el extranjero; sé que hay interés en todos los países por conocer al nuestro, que tiene un gran prestigio. Cuando yo estaba en Colombia se me acercaron muchos para decirme que si se les dieran facilidades, que si el Estado chileno se encargara de los medios de transporte, vendrían millares a nuestro país. El Cónsul lo sabe. No creo que se haya hecho mucho en la materia. Además, aquí hay posibilidades en diversas actividades.

—¿No has hablado en esas reparticiones?

—He hablado en varias. Me han dado esperanzas. Como en la crónica de Figaro, me han dicho: "Vuelva usted mañana". Y he vuelto mil veces. No me han dado nada. Es más, en algunas partes han creído que cuando expongo mis ideas lo hago con la idea de criticarlos. "Nosotros estamos acostumbrados a trabajar así y nos va bien", me han dicho. Aquí hay quien mande, nosotros no podemos extralimitarnos...

Le he hablado mucho de muchas cosas, me he dado cuenta de que representa un valor humano de primera clase.

—Ya no puedo andar por las calles —continúa— me parece que son fauces que me tragan, que un día cualquiera no voy a poder llegar a ver mi esposa y mi familia, que soy algo tan inútil que un día me van a encerrar por inservible, que... Y sigo, encuentro sonrisas, buenas palabras, esperanzas. Este es el país de las esperanzas; pero yo quiero realidades, no puedo vivir de esperanzas, no puedo.

Le ofrezco un cigarrillo, me lo recibe y lo quema enredando sus preocupaciones en el humo azul que tan romántico encuentran ciertos novelistas. Lo invito a almorzar y se niega. Se niega amablemente y luego se va.

—Tengo que encontrar algo, no puedo vivir así. Creo, con el personaje de "La huelga de los herreros", que lo que más fatiga es no trabajar.

Se aleja sonriendo, salgo a la puerta. Su paso no es ya elástico, señor de juventud: es reposado demasiado reposado, está ya intimidado, oye que le dicen:

—Llegó atrasado, tal vez mañana u otro día habrá algo. No se pierda, vuelva siempre.

Y que luego ve el rostro de su mujer y la tristeza de su hijo que lo espera silencioso, también acusador...

A. ACEVEDO HERNANDEZ.